

RAUL PEREZ  
TORRES

2017



ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

# ERA MARTES DIGO, ACASO QUE ME OLVIDO

RAUL PEREZ TORRES

Faint, illegible text in the top left corner, possibly bleed-through from the reverse side of the page.

Faint, illegible text in the top right corner, possibly bleed-through from the reverse side of the page.



ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

ACASO QUE ME OLVIDO,  
ERA MARTES DIGO,

Faint, illegible text at the bottom of the page, possibly bleed-through from the reverse side.

RAUL PEREZ

TORRES

A LOS TRABAJADORES DEL INGENIO  
AZUCARERO AZTRA, ASESINADOS EL 18  
DE OCTUBRE DE 1977.

## ERA MARTES DIGO, ACASO QUE ME OLVIDO

Bonita era la Carmela, mi arrejuntada, mi compañera que ahorita ya estará en huesos, atormentada por los gusanos manavalís.

Yo se lo decía compadre. No vaya usted a creer que yo no le daba explicaciones de las cosas, pero ella me interrumpía a cada rato: "espérate Manuel, voy a meter a las gallinas" o "aguantá un ratito, voy a trancar la puerta" entonces si yo le decía, "ve Carmela, en el Sindicato hemos decidido. . ." ella me salía conque me esperara porque tenía que darle la yerba a los cuyes. Así, ella me oía a saltos y a brincos hasta que se serenaba en la noche, pero ahí en cambio era yo el que me olvidaba de todo, porque su cuerpo calientico me llenaba y me descansaba más que todas las cosas del Sindicato.

Pero un día, cuando ya estábamos preparando la huelga, tuve que golpearle la tutuma para que se le abra, y le dije: "no seas así Carmela entendé lo que te digo" y lo que le decía era que ya no vaya por la Troncal porque los soldados estaban rondando por el ingenio y también le dije que si alguno de ellos se asomaba por nuestro cuarto, que no le dijera nada, que se silenciara como noche, como tumba. Pero ella necia, con ese amor tan pen-dejo que tienen las longas, creyendo

que si no me llevaba el caldo me iba a morir. Me decía que la sopa de chocio era ella, y que el plátano frito era nuestro hijo, y que las habas tiernas eran las dos marías que se nos murieron al mes y medio. Engañándome como a un guagua para que coma. Yo nada más verle con la portavianda azul y el corazón un saltamontes. Entonces nos sentábamos atrás del trapiche para que no nos molestara el Selaya y yo me tomaba dos cucharadas de sopa disimulando mi hambre para que le alcanzara a ella, y enseguidita pasaba al seco: arroz con fréjol, arroz con yuca, arroz con mote sazonado, arroz con cuy, seco de chivo, choclotandas en hojas de achera, maíz tostado, habas tiernas.

Tierna se ponía ella cuando tomaba la sopa. Te vas a ahogar le decía yo siempre porque su boca casi se metía en la vianda. Pero de chiste le decía, nunca creí que un mali brujo me dictara estas palabras. Te vas a ahogar le decía, y así me cuenta el Felipe que murió, ahogada en el canal con las cebollas y los ajos mezclados a su pecho y a sus brazos, como queriendo prepararme la última comida. Lástima que no llegué a tiempo. Jueputas, me han de pagar.

Fue al caer de la tarde cuando después de largas discusiones decidi-

mos la huelga, hacía mucho frío y las palabras de cada uno me iban arrojando como cobijas:

- hay que hacer la huelga, no ven que los patrones no nos contestan, no dicen ni esta boca es mía,
- por qué han de ganar ellos tantos millones y nosotros ni para un peje,
- ¡explotados, masacrados, humillados, hasta cuándo carajo!
- el gobierno subió el precio del azúcar y por eso el coronel anda que se le caen los chinchulines por todas partes, fíjate como se viste, vele esos zapatos, y vos, llapango caminas, enseñá tus manos pendejo, vete los lastimados del pecho, mírale al Juan quemado las patas, a la Maruja cortada el brazo, y ahora acordate del coronel engordando como un chancho, sentado o puteando.
- no hables así Felipe, las paredes tienen oídos
- ¡qué carajo! tenemos que aprovechar que la ley está de nuestro lado
- decidamos la huelga, de todas maneras nos moriremos de hambre
- ¡La huelga! —gritó la Clementina, flaca y chupada como una rama de lluvia...

Le digo compadre, esa fue la que me envalentonó, si una mujer se duele de nuestra circunstancia como no un hombre bien puesto. Entonces todo se hizo una mezcla de gritos y vociferos y las máquinas se silenciaron como cuando uno está soñando en camaretas y de golpe se despierta. Así era. El Felipe dijo entonces que había que parar los camiones cargados de caña y que iban a la molienda, y nombramos comisiones para aquí y para allá. Todos en el ajeteo nos veíamos las caras como si fuera la primera vez, como si recién nos conociéramos y ya en el reparto de las comisiones le dije

al cholo Pancho que se viniera conmigo, olvidándome de golpe lo del resentimiento de hace un año, el cholo me sonrió no más, dándose aires de valeroso, de buen amigo. Cholo Pancho, ¿dónde estarás?

Ya eran las cinco cuando cerramos las puertas. Yo me fui para las calderas porque me gustaba mirar aquel borboteo hirviendo, me gustaba el olor de la caña que era como una mariadita caricia. Allí me pasé un buen rato sentado y nervioso. Luego miré afuera, al campo, a las pequeñitas luces que se morían, iguales a ojos de borrego, en una de ellas estaría la Carmela suavita y sabrosa como la chirimoya, y me dije "carajo, lo único que me hace falta es un gloriadito para calentar el cuerpo, un draquecito como decía el azogueño Martín. Miré también los canales de riego largos y oscuros ataúdes de gigantes. Era martes y no me olvido porque todos los martes tenía turno largo. Era martes digo, acaso que me olvido.

Usted no entiende compadre, o a lo mejor si me entiende sino que le han tirado para lado equivocado los adultos del patrón, los pagos que le hace, las artimañas con que le envuelve. Tenía que haber estado allí, saboreando esa furia de años, esas iras contenidas desde el tiempo de la Micaela, esta pobreza que nos tenía despachurrados los rostros y las barrigas, tenía que haber vivido en este pueblo de caña todos los días, rajándose, sudando al mismo tiempo que se fruta jugosa, emborrachándose a diario para dormirse, tenía que haber escuchado todas las noches los suspiros flacos de la Carmela, quejas silenciosas como de ratón, su abrazo tembloroso en medio de algún sueño pesado. Tenía que haber vivido aquí toda una vida, junto a los perros, mirarles a sus ojos, usted no ha visto los ojos de los perros

de esta parroquia, son ojos llenos de frío, de hambre. De neblina, digo yo.

Eso tenía que haber hecho compare para que comprenda y no me diga la cantaleta de que por mudo, por irresponsable estoy preso. Aunque yo le cuento solamente lo que pueden aprisionar las palabras y eso no es legítimo porque mal conservador he sido, silencioso como la Carmela y como todos nosotros mismos, y la entonación no me gusta, el canto de la palabra no me gusta cuando le estoy relatando estas cosas porque en alguna palabra como que se me quiebra la voz y hay arañas o pulgas en mi garganta, y yo no quiero eso carajo sino contarle las cosas con furia, sin miedo porque el miedo ya se quedó enterrado para siempre junto a ella, arrejuntado a todos los que murieron ahogados en los canales, quebrados la cabeza, quemados en esas pailas enormes que nunca más despedirían el olor que le contaba, metidos el yatagán por la espalda y también por el costado, abiertos la barriga y tirados a los canales como en los tiempos del veintidós que nos contaba el Felipe, borrachos los milicos, como si hubieran bebido todo el guarapo del mundo, aguarapados con mala esencia, con mal instinto, como el fruto del chamico: venenosos, verdosos, erizados de púas por todo lado. ¡Ay de una palabra que me saque una lágrima, la lengua me he de arrancar, los ojos me he de sacar!

Si la Carmela misma nunca lloró, ni cuando le hacía turumbas o le pegaba un cuesco, o cuando le contaban que yo era el arropado de la Florinda, callada se iba a charlar lo que había quedado de las espigas, y regresaba con la miseria de granos y tierra, un afrecho raro, a prepararme el champuz que me abrigaba y me quitaba la desaquerencia; por algo dicen que los duelos y los quebrantos son vianda de gente pobre.

Unos mil quinientos éramos los compañeros, entre los del campo, los

estables, los eventuales, y hasta los que despajaban la caña de azúcar, todos metidos, cerradas las puertas de la única entrada, apuñetados los rostros y los corazones, calienticos por dentro con la rabia, las mujeres atendiendo aquí y allá, los niños jugando como desapercibidos, como inconscientes, hasta que alguien, creo que era el Oswaldo Galán, empezó a gritar desde la caseta de la báscula: "¡Ahí vienen, ahí vienen!", pareciéndome sus gestos como alas de curiquingue, el pájaro sagrado de nuestros abuelos.

Estábamos dispuestos a no dejarles entrar, queriendo que primero nos escuchen, que les escuchen a nuestros dirigentes, que nos dieran una respuesta concreta, que no se vinieran con un ejército de tierra y aire a matar un hambre, pero nada porque ya le vimos a un malencarado de verde, con ojos de cuscungo, pintarrajeado como payaso (después supe que se apellidaba Cruz el que dirigía la masacre y no sé por qué me recordé del otro, del que rezábamos los días de siembra para que la cosecha no se chamuscara) y vociferó que saliéramos y alguno de los más verracos le gritó "que salga tu madre", entonces aparecieron los otros, arrastrándose como lagartijas, y el tal Cruz gritó que si no salíamos en dos minutos empezaría la balacera, y allí fue que muchos nos atarantamos y nadie sabía qué hacer, mientras los dirigentes nos pedían que nos calináramos, pero ya era tarde porque las puertas se abrieron, puertas de a uno cincuenta de ancho y todos trataban de salir, gritándose y empujándose, aunque afuera ya les esperaban los soldados, y disparaban como si estuvieran jugando a la guerra, sin importarles de cada uno, de los pelados, de las mujeres que se cubrían de los disparos con sus chalinas.

De mentira no más dijo ese malvado que dos minutos, cómo iban a salir mil quinientos trabajadores por esas puertas, ni siendo conejos, ni

siendo invisibles, por eso a unos les empujaron a los canales donde pataleaban heridos, otros querían esconderse en los trapiches, otros se tapaban entre las cañas, pendejes, otros fueron tirados a las calderas. Todos indefensos, sin un palo, sin un machete.

¿Y la Carmela?, ¿dónde estaría? Dónde también estaría, carajo. Yo le buscaba atolondrado pero el Quito me empujó y me llevó por atrás, donde ya había una siembra de cadáveres recién tronchados que al pasar los iba reconociendo: el Romualdo Tenezaca, el Luis Morejón, el Angel Saquipulla, el Espíritu Miguitama que vino de Guallaceo solamente para la zafra, el Manuel Siguencia que la otra semana no más me prestó dos libras de harina, el Juanacio Latacea, el Oswaldo Galán, el Octavio Paredes que había reservado pasaje para Loja, el Segundo Saitán que vendía jugo de piña los domingos, todos golpeados, maceteados, ahogados, con la sangre colgándoles como hilos de telares. Los gases no me dejaban ver bien y me hirieron en la pierna, vea compadre, pero el Quito me jaló más de un kilómetro, y me decía que me salvara porque había que contar, había que seguir. Ay de un recuerdo que me saque una lágrima, la lengua me he de cortar, los ojos me he de arrancar!

Así que no me venga con que soy un sangre de horchata, y que por mi culpa mismo murió la Carmela y todos los demás, porque igualito hablan esos ministros de la ciudad, chinchosos con nombres de héroes, salvadores y bolívares que no han servido sino para llenar de majada sus ministerios, chambones y desleales hasta a sus nombres, gritando por los periódicos y por las radios que nuestros muertos son terroristas, son activistas, son conflictistas y otras palabras que hasta a usted, que aún no abre el ojo, le han de dar dolor de barriga, escupiendo al cielo para que algún día les caiga en

la cara. No me diga nada compadre, y si quiere llevarse no más esos tamales, que un gran dolor nos ha costado la comprensión y ahora sabemos que por uno que no oiga siempre habrán dos atentos.

Eso es lo que hemos aprendido después de que nos escapamos, porque de allí viajamos con el Manuel Quito para Cuenca en un camión de papayas y de casa en casa, de radio en radio, fuimos contando, fuimos diciendo nuestra verdad que se regó como la sangre de la parroquia. Otros fueron hacia San Antonio, a Pacho Negro, a Boca de los Sapos, al Juncal, a Ingapirca, a Chontamarca, a El Tambo, a Gualleturo. Luego, al anochecer me acuerdo, me fui solito para los filos de río Patate porque quería recordarle a la Carmela, y allí me estuve acodado sobre el puente de los herreros, como una estatua que no siente ni el viento, ni el frío, ni la lluvia, ni nada mismo sino su propio viento, su propio frío, su propia lluvia. Y así me pasé acariciando en el aire su blusa de colores, su follón quemado por chamiza, hasta que el amanecer me dio en los ojos y ya desentoldado el cielo vi cosas tan lindas que tentado estuve de gritarle a la Carmela, que viniera un ratito, el último minuto, a ayudarme a mirar como el río se iba llenando de Carmelas, lavanderas que colgaban sus trapos formando mil banderas, formando la bandera que nos toca, alumbradas poco a poco por unos árboles azules como focos, como luciérnagas, jacarandás dizque eran, jacarandás y arupos y palmeras que les acompañaban a lo largo de las aguas, como homenajeándolas, como quitándolas preocupación, y me pregunté compadre, arrancándome los pechos, que por qué, por qué mierda nos trataban así, nos arrinconaban así, nos masacraban así, si era sólo de repartirse la alegría. Fue al amanecer y el viento daba en el pecho. Duro daba en el pecho.

Y luego en Cochancay, el pueblito de Manuel Cajas, donde el Arzobispo de Cuenca quiso dar una misa campal para que se volaran las culpas de los nuestros, ¡ellos qué culpa!, pero los soldados no le dejaron ni siquiera poner un pie en el carro y casi le manchan su sagrado vestido con el fusil, advirtiéndole que se callara carajo y que se fuera con su Dios a otra parte, pero el cura verraco gritó en todos los papeles que condenaba esta violencia y que en nombre del Hermano Miguel, beatificado en Roma, dijo, se dejen los soldados de matar cristianos indefensos, pero ahí mismo, en delante de sus ojos cayeron algunos que quisieron defender y escurar su paso o recibir su bendición, clamoreándole todos los del ingenio que habían logrado escapar, llorándole las mujeres, pidiéndole que les diga a los cursientos, a los malvados, que nos devuelvan nuestros cadáveres, que nos dejen enterrarles aunque sea podridos ya de tres días, que nos permitan mirarles sus calaveras por última vez, pero nada, porque ni este arzobispo, ni los políticos de las ciudades, ni los estudiantes, ni los de afuera, nadie mismo pudo hacer nada, y ellos se sacaron a nuestros muertos calladito y les llevaron a que mares lejos, donde nosotros no oliéramos sus huesos chamuscados, donde yo no apercibiera las cebollas blancas de los pechos de mi Carmela, las remolachas de sus mejillas. ¡Ay de un recuerdo que me saque una lágrima, la lengua me he de cortar, los ojos me de vaciar!

Luego de esto me sorbí los mocos y subí por la escalinata a buscarle al Manuel para irnos a Guayaquil. Le

encontré sentado, medio dormido a la puerta de una iglesia, con la cara de tonto perplejo que pone el que no sabe a quien volver sus ojos. De allí nos fuimos al Guayas, donde tuvimos tiempo de contar lo sucedido antes de que nos trajeran presos acá, y hablamos en todas partes, medio desatados, como perros con hambre, y nos llevaban para aquí y para allá y nos exhibían como animales de feria y nos fotografiaban y se condolían y nos hacían repetir cien veces el mismo sufrimiento, sin darse cuenta que ellos estaban igual, que las palabras se nos agarraron de tanto ser dichas y el silencio comenzó a coagular nuestro dolor, a llenarse de costra nuestros ojos, de un tumor maligno mis orejas para no escuchar las palabras con pucuna de los milicos, que nos habían seguido juicio penal dizque a nosotros compadre, entienda bien, a nosotros que quedábamos más huérfanos que el sapo del monte, que la cuzma sin cuerpo, que la sopa sin sal.

No compadre, usted recordará que desde los tiempos en que ese recinto se llamaba La Cecilia, nuestro estado común ha sido el sufrimiento, mucho sudor y sangre ha regado esa tierra y es justo que florezca. Nuestros guaguas tienen que aprender a reír, jugar a la bomba, a los cachacos, y usted también tiene que aprender a mirar de frente, no sesgo como los malparidos. Ahora nosotros ya no tenemos miedo.

Usted tampoco tendrá miedo cuando recuerde la caricia del viento a la caña, con sus brazos largos, como brazos de fantasmas.